

La Constitución de Apatzingán y sus hombres: una sola biografía

Miguel Ángel Gutiérrez



La Constitución de Apatzingán y sus hombres: una sola biografía

Miguel Ángel Gutiérrez

Al medio día del sábado 20 de octubre de 1810, el cura de corta estatura y 45 años de edad, José María Morelos y Pavón, llegó a Valladolid, Nueva España, procedente de Carácuaro. Iba a entrevistarse con Miguel Hidalgo y Costilla para obtener directamente de él informes sobre el movimiento que había iniciado y sus objetivos.

Valladolid, hoy Morelia, era un sitio familiar para José María: ahí nació el viernes 13 de septiembre de 1765, y ahí vivió hasta los 14 años, cuando la muerte de su padre, el carpintero Manuel Morelos, hizo necesario que se trasladara a Apatzingán, en la Tierra Caliente, para trabajar con su tío Felipe Morelos y obtener algún dinero con el fin de ayudar a su madre. En Apatzingán, además, trabajó de arriero en jefe de una recua que transportaba mercaderías de Acapulco a la Ciudad de México por la vía de Chilpancingo y Cuernavaca. José María ganó lo suficiente para comprar una recua propia, pero aquella vida no le satisfizo, y a la edad de 25 tomó la sorprendente decisión de regresar a su ciudad natal y convertirse en sacerdote.

Corría 1790 cuando José María Morelos y Pavón ingresó al colegio de San Nicolás de Valladolid. Miguel Hidalgo acababa de ser nombrado rector del colegio, en el que Morelos destacó por lo avanzado de su edad y por su dedicación a los estudios. Tenía que trabajar más que los otros alumnos, ya que su educación se reducía a las primeras letras que le enseñó su madre, Juana Pavón, hija de un maestro de escuela, y a lo que él pudo aprender leyendo por su cuenta en ratos libres.

Hidalgo fue trasladado tiempo después a la parroquia de Colima, Morelos siguió en Valladolid, las vidas de los dos hombres se distanciaron. En 1797 Morelos se ordenó sacerdote. Lo destinaron al pueblo de Churumuco, en Tierra Caliente. A ese tipo de pueblos solía enviarse a los curas pobres, especialmente cuando eran morenos, como Morelos. Pero no estaba mal. Por su origen racial, Morelos pudo haberse quedado de arriero toda su vida. Las leyes prohibían claramente que los morenos recibieran instrucción escolar y, por supuesto, que fueran sacerdotes.

Morelos mejoró su nivel social gracias a que en su boleta de bautismo lo clasificaron como español. En el virreinato era frecuente entregar a los sacristanes o los sacerdotes una “mordida” para que diesen a los recién nacidos una categoría más alta en la escala social; era un recurso común con el que algunos superaban las limitaciones que implicaba ser registrados en el patrón de nacimientos de mestizos y negros.

Cuando se trasladó a Churumuco, Morelos llevó consigo a su madre. En unos meses el clima malsano la hizo enfermar de gravedad. Cuando iba a Valladolid para restablecerse, murió en Pátzcuaro, a mitad del viaje. Morelos invocó esa desgracia para pedir que lo destinaran a un sitio menos inhóspito. Por una especie de sarcasmo lo trasladaron a Carácuaro, un lugar muy semejante a Churumuco.

El trabajo era intenso: tenía que atender a unos 1800 feligreses, casarlos, bautizarlos, decir misas, etcétera. Sin embargo, Morelos no vivía de sus ingresos como sacerdote, sino de un negocio de compra-venta de granos que formó en Carácuaro. Las utilidades le permitieron adquirir un rancho ganadero y una amplia casona céntrica en Valladolid. Con sus fondos personales construyó también una iglesia en Nocupétaro.

Morelos pasó 11 años en Carácuaro. Se convirtió en cura chocolatero y tuvo amancebadas a varias indígenas de su parroquia, una de las cuales, Brígida Almonte, le dio un hijo llamado Juan Nepomuceno Almonte, que con el tiempo alcanzó el rango de general y se convirtió en uno de los partidarios más decididos de Maximiliano de Habsburgo.

A Carácuaro sólo llegaban noticias fragmentadas de los acontecimientos que sacudían al virreinato: de la abdicación de los borbones en favor de José Bonaparte, el golpe de Estado contra Iturrigaray, el constante cambio de Virreyes, el fracaso de la conspiración de García Obeso y Michelena, el levantamiento de Hidalgo, la toma de Granaditas y del avance de los insurgentes Morelos se enteró el miércoles 10 de octubre, por informes de un rancharo de su parroquia que había estado en Valladolid.

Morelos se incorporó al movimiento insurgente y regresó a Carácuaro con instrucciones de Hidalgo para ver la manera de continuar hacia la costa para tomar Acapulco. Morelos volvió a Valladolid, pidió licencia para separarse temporalmente de su curato, sin esperar contestación prosiguió a Carácuaro. El único recurso de que disponía para iniciar su lucha era un escrito de Hidalgo.

Tras una breve escala en Carácuaro, el jueves 25 de octubre de 1810, Morelos salió de campaña con 16 campesinos reclutados entre sus feligreses. Tres semanas después, el lunes 12 de noviembre, atacaba Acapulco con 1000 hombres armados con machetes, arcos y flechas, hondas y unos cuantos fusiles.

Luego de casi 6 meses de lucha infructuosa, pues la plaza estaba muy bien fortificada, Morelos sitió Acapulco y dejó una pequeña fuerza a su cuidado. Aprovechó para reclutar partidarios en los pueblos vecinos; se le unieron colaboradores muy importantes, como los Galeana y los Bravo. Durante los siguientes días ocupó varias aldeas de lo que hoy es el estado de Guerrero, como Chilpancingo el viernes 24 de mayo de 1811, Tixtla el 26; el 15 de agosto derrotó una columna enemiga y ocupó Chilapa, lo que además de un gran triunfo significó la incorporación de Vicente Guerrero.

El júbilo de Morelos por sus triunfos quedó ensombrecido debido a la noticia de la muerte de Hidalgo, la que recibió y mantuvo en secreto. En medio de esa soledad, sin embargo, apareció el licenciado Ignacio López Rayón.

Desde Saltillo, cuando éste quedó al mando de los 3,000 hombres que quedaban del ejército insurgente mientras Allende huía a Estados Unidos con Hidalgo casi en calidad de prisionero, Rayón marchó temerariamente al sur por Zacatecas y, tras burlar a tropas realistas que lo perseguían, logró establecerse en Zitácuaro, Michoacán.

Como jefe del ejército venido de Saltillo y en su calidad de exsecretario de Hidalgo, López Rayón se consideraba heredero de la jefatura del movimiento. A mediados de julio de 1811 escribió a los cabecillas que luchaban aisladamente en varias partes del país para manifestar la urgencia de unificarse. Quería aprovechar

la experiencia y no caer en los excesos de Hidalgo, que habían apartado del movimiento insurgente a los criollos. Rayón anunció su propósito de crear la Suprema Junta Gubernativa de América, en la que se asignaba el rimbombante título de “capitán general de todos los ejércitos americanos”. La junta funcionaría sobre las mismas bases que la propuesta del padre Melchor de Talamantes y de Francisco Primo Verdad.

La ampulosidad de Rayón, así como sus frecuentes alusiones a “su alteza Fernando VII”, molestaron a los nuevos cabecillas insurgentes, hombres rudos que rechazaban totalmente sus ideas. Sólo Morelos advirtió la importancia de unificar el movimiento. Rayón lo designó para ocupar uno de los tres puestos de vocales que dirigirían la junta; los otros dos eran el propio Rayón y José María Liceaga, su segundo en el mando desde Saltillo. Pero Morelos prefirió seguir al frente de sus tropas y designó vocal sustituto al cura José Sixto Verduzco, quien se trasladó a Zitácuaro.

Morelos opinaba que había que “quitarle la máscara a la independencia” y olvidarse de Fernando VII, pero Rayón lo calmó asegurándole que era un subterfugio para atraer a los criollos; como era improbable que Fernando volviera a gobernar en España, sería factible la independencia absoluta del país.

Por el momento, la alianza con Rayón resultó provechosa para Morelos, pues aquél, al ser jefe de la Junta, fue considerado por las autoridades virreinales como el enemigo más peligroso y todos los esfuerzos se concentraron en destruirlo. De este modo Morelos tuvo mayor libertad de movimientos. En noviembre, después de tomarse un descanso de más de dos meses, las fuerzas del cura abandonaron Chilapa, divididas en tres cuerpos: el de Miguel Bravo, que se dirigió a la Mixteca baja; el de Hermenegildo Galeana, enviado a tomar el territorio entre los actuales estados de México y Guerrero, y el de Morelos, cuyo objetivo a largo plazo era tomar la ciudad de Puebla.

Si bien sus colaboradores tuvieron escaso éxito, además de que Rayón demostró absoluta incompetencia militar al ser derrotado por Félix María Calleja en Zitácuaro, en los meses siguientes Morelos obtuvo numerosos triunfos. Ocupó el pueblo de Chiautla, Puebla y, usándolo como base, el 10 de diciembre tomó Izúcar. En la Navidad cayó en su poder la valiosa Cuautla. Un día antes Galeana entraba a Taxco, la ciudad más importante conquistada hasta entonces por las fuerzas de Morelos. Los días 23 y 24 de enero sus fuerzas derrotaron a un fuerte ejército realista y se apoderaron de Tenancingo, cerca de Toluca. El martes 4 de febrero Morelos tomó Cuernavaca sin encontrar resistencia. El 9 penetró por segunda vez en Cuautla, que había abandonado momentáneamente para reforzar la posición de Galeana en Taxco.

Morelos se convirtió entonces en el enemigo más peligroso de España. A los pocos días el terrorífico Calleja marchaba sobre Cuautla. Dispuesto a hacerle frente, Morelos mandó reforzar las defensas de la ciudad, abrir trincheras, acumuló provisiones y anunció que mandaría fusilar a todo el que le hablara de rendición.

A las 7:30 horas del miércoles 19 de febrero de 1812 se inició el ataque realista contra Cuautla. Pensando que la batalla terminaría con un triunfo suyo en unas cuantas horas, Félix María Calleja ni siquiera se bajó del carruaje. Disponía de los mejores 5,000 hombres del ejército colonial, entre ellos varios profesionales llegados recientemente de España. Poseía, además, nuevo y mejor armamento. En cambio, Morelos sólo había logrado reunir 4,500 hombres con unos cuantos fusiles y cuatro cañones pequeños. Lo acompañaba su plana mayor: Hermenegildo Galeana, Nicolás, Víctor y Leonardo Bravo, además del cura Mariano Matamoros, que se incorporó en Izúcar, ya habiéndose distinguido como soldado.

La batalla de Cuautla duró 72 dramáticos días. Tras fracasar en su intento de tomar la ciudad por asalto, Calleja le puso sitio para rendirla por hambre. Recibió municiones y miles de hombres de refuerzo; la operación costó a la autoridad virreinal la friolera de 2 millones de pesos.

En Cuautla no sólo se agotaron las provisiones, también las ratas, los gatos y las lagartijas, que se vieron obligados a devorar a los hambrientos defensores. Lejos de capitular, Morelos organizaba fiestas y bailes a la vista de los sitiadores, para infundir ánimo a sus hombres y mofarse del enemigo. El “fanatismo” de los insurgentes dejó perplejo a Calleja, quien en sus despachos equiparó a Morelos con un “nuevo Mahoma”.

Con los meses llegaron lluvias que, además de calmar la sed de los sitiados, convirtieron en un lodazal el terreno realista. La artillería quedó inservible. Los realistas fueron diezmados por una epidemia de disentería y menudearon las deserciones. Durante la última noche de abril, Calleja comprendió que su situación era insostenible y escribió al virrey una carta histórica en la que le comunicaba su propósito de levantar el sitio.

Paradójicamente, esa misma noche Morelos se convencía de la imposibilidad de seguir resistiendo. El hambre y las enfermedades también habían causado estragos terribles en su bando, decidió evacuar la plaza. A las dos de la mañana del viernes 1 de mayo se inició la evacuación. A la vanguardia marchaba Galeana con un millar de hombres. Morelos y los Bravo iban al centro con 250 de caballería y varios escuadrones de lanceros y honderos. En la retaguardia marchó la escasa artillería, más algunos centenares de infantes. La salida fue tan silenciosa que los realistas tardaron dos horas en darse cuenta del escape. Entonces atacaron, persiguiendo a los fugitivos por 20 km, dejando el camino regado de cadáveres de ambos bandos, pues, a causa de la confusión que produjo la oscuridad, los realistas dispararon también contra sus compañeros.

Morelos llegó a Izúcar con dos costillas rotas, pero vivo. Con excepción de Leonardo Bravo, segundo de Morelos, quien cayó prisionero y fue fusilado, toda la plana mayor logró salvarse.

El virrey Francisco Javier Venegas pensó que Morelos estaba deshecho y vio la ocasión de librarse de Calleja quien, con sus victorias, empezaba a opacarlo. Ocultando sus verdaderas intenciones con grandes honores a su subordinado, el virrey disolvió el ejército de Calleja y puso a éste en retiro.

Entretanto, Morelos abandonaba Izúcar para marchar a Chiautla, donde permaneció dos meses restableciéndose y renovando sus cuadros. Luego volvió a la lucha para anotarse una espectacular serie de triunfos y apoderarse de Huajuapán (Oaxaca), Tehuacán (Puebla), Orizaba (Veracruz) y muchos pueblos de la comarca, lo que le permitió entorpecer las comunicaciones entre México y Veracruz.

La victoria dio nuevos bríos a los insurgentes. Sólo surgió un problema al nombrar al segundo jefe del ejército. Desairando a los partidarios de Galeana, Morelos escogió para el cargo al cura Matamoros, señalando que Galeana, aunque valiente y leal, era analfabeta.

La mañana del 25 de noviembre Morelos atacó Oaxaca y tomó rápidamente la plaza; la guarnición realista huyó, abandonando gran cantidad de armas y municiones. Se capturaron además 3 millones de pesos, mayor suma de dinero que manejara jefe insurgente alguno.

La victoria de Oaxaca, registrada meses después que el virrey anunciara la total derrota de Morelos en Cuautla, desprestigió al gobierno y acrecentó la fama de Morelos.

Con esto, excepto Acapulco, que continuaba sitiado por los insurgentes, Morelos se adueñó de todo el litoral del pacífico, desde los límites con Guatemala hasta Colima. La totalidad de las provincias de Oaxaca, Michoacán y lo que ahora es Guerrero estaban en su poder, así como partes de Puebla y los valles de Cuernavaca, Cuautla y Toluca. La situación era inmejorable para que Morelos se lanzase sobre la sierra de Puebla y luego sobre la capital del virreinato, pero, lamentablemente, eso no ocurrió.

Tras la toma de Oaxaca, en 1812, Morelos regresó a Acapulco. Recurriendo a un ataque de comandos dirigido por Pablo Galeana, tomó por asalto la isla Roqueta y se apoderó del bergantín Guadalupe. Aún así, la lucha continuó por otros dos meses, pues los insurgentes no tenían fuerza naval para cortar el abastecimiento. El jueves 20 de agosto los defensores negociaron la capitulación de Acapulco.

Esta posesión fue un triunfo que Morelos hubiera podido aprovechar para afianzar posiciones ventajosas. Sin embargo, desde el 28 junio había expedido un decreto para que el próximo septiembre se reuniera en Chilpancingo un Congreso Nacional que daría validez jurídica al movimiento independentista. Al parecer, Carlos María de Bustamante, cáustico periodista, abogado y escritor, fue quien más influyó en el ánimo del cura para este fin, lo que, dadas las apremiantes circunstancias, pese a su importancia, era una distracción.

Bustamante insistía en la urgencia de convocar a un Congreso, ya que por falta de éste los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos no habían ayudado a los insurgentes. Sostenía también que a Hidalgo le había dañado pasar por alto las normas jurídicas de la guerra revolucionaria; en consecuencia, Morelos sería un caudillo superior al propio Hidalgo si observaba dichas formas.

Entre los objetivos del congreso estaba reunificar el movimiento revolucionario. Mientras Morelos triunfaba en Oaxaca, los vocales de la antigua Junta de Zitácuaro — Rayón, Liceaga y Verduzco— riñeron a muerte y dividieron sus fuerzas en grupos reducidos. Rayón quedó con uno en el Estado de México; Liceaga fue a Guanajuato con otro más, y Verduzco se trasladó a Michoacán con un tercero. Poco después los tres eran derrotados por el ejército virreinal y se ponían en fuga. Culpándose mutuamente de sus desgracias, acabaron por dictarse órdenes de aprehensión y fusilamiento entre ellos.

El Congreso de Chilpancingo iba también a suprimir y sustituir a la junta de Zitácuaro. Morelos nombró a Rayón, Liceaga y Verduzco diputados para su Congreso, pero Rayón se indignó al verse desplazado y Liceaga desconfió de las motivaciones de Morelos; sólo Verduzco se puso camino a Chilpancingo.

El Congreso Nacional no pudo ser muy representativo. Sólo 9 diputados lo integraron: Rayón por Guadalajara, Liceaga por Guanajuato, Verduzco por Michoacán, Morelos por Nuevo León, Carlos María de Bustamante por México, José María Cos por Veracruz, Andrés Quintana Roo por Puebla, José Manuel de Herrera por Tecpan (hoy Guerrero) y José Murguía por Oaxaca.

Rayón, Liceaga, Cos y Bustamante no fueron a la apertura del congreso: los primeros tres por recelo y el último por atender labores de Inspector General del Ejército en Oaxaca que le había asignado Morelos.

El día 14, martes, en la iglesia parroquial de Chilpancingo, el exiguo congreso de sabios, como lo llamó Bustamante, quedó inaugurado con un memorable discurso del caudillo, probablemente redactado por el mismo Bustamante.

Ese mismo día, el secretario Juan Nepomuceno Rosáinz dio lectura a los *Sentimientos de la Nación*, documento clave de la historia mexicana en el que se declara la independencia de América respecto de España, el acatamiento a la religión católica sin tolerancia de ninguna otra, la soberanía popular de la nación, la división de poderes en ejecutivo, legislativo y judicial, etcétera.

El día 15 se eligió al generalísimo y jefe del ejecutivo. Los electores-diputados naturalmente designaron a Morelos, pero éste se mostró sorprendido, y, diciendo que no se consideraba capaz de desempeñar el puesto, modestamente renunció. Luego de un par de horas de nuevas deliberaciones, los diputados reconfirmaron a Morelos en su cargo, quien aceptó el nombramiento con la condición de que le dieran el título de “siervo de la nación”, en lugar del de “alteza serenísima”, que le habían adjudicado.

Siguieron semanas de calma parlamentaria, con numerosas fiestas y bailes. El lunes 5 de octubre se promulgó un decreto con el que nuevamente se abolió la esclavitud. Con el tiempo llegaron por fin al Congreso Cos y Bustamante. Morelos estaba irritado con las repetidas excusas de Rayón y Liceaga para no presentarse en Chilpancingo.

Finalmente, azuzados por la posibilidad de que prescindieran de ellos, Rayón y Liceaga llegaron a ocupar su curul a principios de noviembre. Sin darles tiempo para orientarse, Morelos reanudó las sesiones y el viernes 6 de noviembre se aprobó el acta de independencia del país, en la que, contraviniendo los postulados de la junta de Zitácuaro, se declaraba “rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español”.

Luego de haber firmado, aunque acorralado, el acta de independencia de la América Mexicana, Ignacio López Rayón se retractaría poco después, pidiendo por escrito a Morelos que se reiterara el juramento de fidelidad a Fernando VII. Según él, la declaración independentista constituiría un “mal ejemplo” para los indios, quienes seguramente se inspirarían en ella para hacer el intento de “restaurar sus antiguas monarquías”.

Morelos no le hizo caso. Tras disipar casi un año en la conquista de Acapulco y las deliberaciones de Chilpancingo, comprendió la urgencia de procurarse un nuevo triunfo bélico para reafirmar la insurgencia. Al día siguiente de la firma del Acta de Independencia abandonó Chilpancingo dispuesto a tomar Valladolid.

Morelos encontró una situación mucho más difícil de lo que esperaba. La toma de Oaxaca por los insurgentes había desprestigiado por completo al virrey Venegas y las clases dirigentes exigieron que se sustituyera por alguien de mano más dura. El implacable Félix María Calleja fue sacado de su retiro y convertido en virrey.

Calleja comenzó por acrecentar su ejército; en unas cuantas semanas dispuso de 88,000 individuos bien armados y relativamente bien adiestrados. Gracias a la colaboración de sacerdotes realistas, quienes iniciaban las confesiones preguntando a las mujeres si sus maridos o hijos tenían armas ocultas, abortó gran número de levantamientos.

Los realistas no repararon en los medios empleados para la represión. Arrasaron pueblos, fusilaron a uno de cada diez sospechosos, esparcieron el terror entre la gente pacífica con degüello; acabaron uno por uno con los principales cabecillas insurgentes, excepto a Morelos, quien en noviembre de 1813 era el único en condiciones de ofrecer resistencia considerable.

El movedizo terreno de la opinión pública no benefició de manera importante la celebración del Congreso de Chilpancingo. Desde septiembre de 1812 el virrey Venegas había publicado la Constitución liberal aprobada meses antes por las Cortes en Cádiz. En ella los americanos fueron declarados en pie de igualdad con los españoles (excepto los negros, para quienes siguieron rigiendo la esclavitud y/o la infamia de derecho); se ordenó la celebración de elecciones libres para autoridades municipales, así como de diputados a las Cortes, en las que los elegidos fueron invariablemente americanos; se suspendió el funcionamiento de la inquisición, se decretó la libertad de prensa. Aunque tanto Venegas como Calleja sólo acataron parcialmente los ordenamientos constitucionales, muchos vieron en el cambio una señal de que sus anhelos libertarios estaban por materializarse sin necesidad de derramar sangre: así perdieron atractivo las leyes emanadas de Chilpancingo. Poco tiempo después, empero, al quedar liberada España de la invasión francesa, los súbditos serían traicionados por el rey; la Constitución de Cádiz entraría en receso hasta la revolución española de 1820.

El martes 22 de diciembre de 1813 Morelos amagó Valladolid con 19,000 hombres, el mayor ejército que llegó a reunir. La ciudad, defendida por 800 soldados, rechazó las intimidaciones a la rendición. Morelos inició el ataque sin saber que se acercaban dos columnas realistas bajo el mando de Ciriaco de Llano y Agustín de Iturbide, con un total de 3,000 hombres. Tomados por sorpresa, los insurgentes retrocedieron en tremenda confusión y los realistas entraron a la ciudad en triunfo.

En las afueras, Morelos reagrupó sus fuerzas para emprender un segundo ataque, pero fue sorprendido por las fuerzas de Iturbide. Luego de otra desbandada de pánico, los restos del ejército insurgente llegaron a la hacienda de Pururarán, 80 km al suroeste de Valladolid. Allí fueron atacados el miércoles 5 de enero de 1814 por las fuerzas de Ciriaco de Llano; tras media hora de lucha, los insurgentes huyeron en todas direcciones, dejando cientos de muertos. Matamoros cayó prisionero y fue fusilado poco después.

Morelos consiguió llegar a Coyuca y posteriormente se trasladó a Ajuchitlán, donde sólo pudo reunir un millar de hombres. Entonces nombró como segundo en el mando al intrigante Rosáinz, y así enfureció al fiel Galeana, desplazado por segunda vez.

Mientras tanto los realistas atacaban Chilpancingo. El Congreso se veía forzado a huir a Tlacotepec. Unos días después, Morelos compareció ante los diputados, quienes lo declararon responsable de los desastres, despojándolo del poder ejecutivo. Aunque se le respetó el título de generalísimo, le quitaron el mando de las tropas; el ejército se dividió en tres grupos que encabezaban los diputados Rayón, Cos y Rosáinz.

El 24 de febrero los realistas atacaron Tlacotepec. El Congreso huyó y sus archivos cayeron en poder del enemigo, que también cosechó allí el simbólico trofeo del retrato de Morelos vestido de general, pintado apenas un año atrás, durante los días gloriosos de Oaxaca.

En los meses siguientes a la toma de Tlacotepec por los realistas, Morelos anduvo a salto de mata entre Michoacán y Acapulco. Mientras tanto, Rayón, Cos y Rosáinz riñeron a muerte, por lo que fueron derrotados.

Galeana se quedó en Tecpan, donde murió en combate el lunes 27 de junio de 1814.

En esa época, según Juan Nepomuceno Rosáinz, cada jefe insurgente se erigió en amo de su territorio, creó impuestos, distribuyó empleos burocráticos, usurpó derechos de propiedad y segó vidas. Las pasiones se desataron y el territorio insurgente se sumió en el caos y el horror.

En marzo de 1814, después de que los patriotas españoles arrojaron de su país al ejército napoleónico, Fernando VII fue restaurado en el trono de España. Una vez en su puesto, encarceló a los liberales de las Cortes de Cádiz, derogó la Constitución y volvió al absolutismo. Simultáneamente, decretó una amnistía general para los insurgentes, muchos de los cuales, ante el caos que imperaba en sus filas, abandonaron la lucha.

En medio del desastre, el Congreso se reunió en Apatzingán, Michoacán, para redactar una Constitución, inspirada en la de Cádiz y las francesas de 1791 y 1795. Se pensó que tras la vuelta en España del absolutismo la constitución de Apatzingán atraería gran número de liberales criollos al bando insurgente, pero esto no ocurrió. Sin embargo, el documento cristalizó los ideales independentistas y emblematicó la libertad humana. Desde el punto de vista jurídico, el gran mérito de esta constitución, la primera redactada en tierra mexicana, fue consagrar el principio de legalidad, la separación de poderes del Estado, el derecho de audiencia, de propiedad, la soberanía popular, la inviolabilidad del domicilio y otras importantes figuras que apuntalaron constituciones posteriores.

De aquellos meses trágicos quedaría otro hecho positivo: el nombre de México, aplicable en adelante a toda la nación. Posiblemente fue acuñado por el diplomático José Álvarez de Toledo, de origen cubano, que había sido nombrado por el propio Morelos como representante ante Estados Unidos. Hasta entonces, si bien los insurgentes habían descartado el nombre de Nueva España, sólo habían dado a la nación nombres como América y América septentrional, condenados por su vaguedad a no alcanzar gran difusión. En junio de 1815 el gobierno insurgente expidió un manifiesto en el que se usaba por primera vez el título de Supremo Congreso Mexicano.

El Congreso eligió a uno de sus miembros, José Manuel de Herrera, para ir a Estados Unidos como ministro plenipotenciario y solicitar ayuda militar, económica y el reconocimiento de dicho congreso como gobierno legítimo del país. Sin embargo, aunque se pensaba que Estados Unidos era un país amigo, en Washington habían sido mal recibidos los decretos de abolición de la esclavitud y otras medidas de carácter social propugnadas por Hidalgo y Morelos. Además de un grave error de apreciación, esta medida constituyó un antecedente directo de la captura y muerte de Morelos.

Michoacán estaba muy alejado de la costa del golfo para recibir noticias de Estados Unidos, que normalmente llegaban a Veracruz provenientes de Nueva Orleans. El Congreso decidió trasladar su sede a la mejor situada ciudad de Tehuacán, Puebla, que estaba en poder de los insurgentes, y se vio entonces en la necesidad de encontrar quién capitaneara una escolta para el viaje. Liceaga rechazó el puesto. Cos ya había traicionado a sus compañeros y Quintana Roo y Rosáinz estaban haciendo gestiones para indultarse: Quintana Roo, de hecho, delató a sus compañeros. Casi por eliminación, la jefatura de la escolta fue conferida a Morelos.

La salida de Uruapan, donde por entonces radicaba el Congreso, tuvo lugar a fines de septiembre de

1815. Tras una penosa marcha por Tierra Caliente, el viernes 3 de noviembre la caravana llegó al pueblo de Temalaca, cerca de Iguala. Allí le sorprendió una fuerza realista. Los diputados lograron escapar gracias a que Morelos distrajo al enemigo con los 500 maltrechos soldados que llevaba.

Los insurgentes no lograron repeler la agresión; en la tarde de ese mismo día se desbandaron ante la acometida de los realistas. Morelos cayó prisionero. La inquisición, el arzobispado y el gobierno lo sometieron a interrogatorios agobiantes con crueles torturas. El caudillo se dobló. Tras pedir un cigarro reveló la ubicación de los escondites de pertrechos donde se abastecían las tropas insurgentes. A pesar de esto, lo fusilaron a temprana hora del viernes 22 de diciembre de 1815, en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec, Estado de México.

La guerra independentista, sin embargo, continuaría con héroes como Francisco Javier Mina y Vicente Guerrero. Aunque el proceso de independencia tendría que pasar aún por otros dolores de crecimiento y duras pruebas, los ideales de sus héroes eventualmente llegaron a consolidarse. 